Francis Thompson, o el misticismo al revés

(A los 75 años de una obra maestra)

Escribe: LUCIO PABON NUÑEZ

— I —

BIOGRAFIA DE UNA LAGRIMA EN UNA GOTA DE SANGRE

En 1887 Francis Thompson envió a la revista católica de Londres *Merry England* un ensayo en prosa y dos poesías. Dirigían la publicación Wilfrid Meynell y su esposa, Alice, consagrada como cantora de profundos sentimientos y de dulces expresiones. Después de varias y difíciles tentativas para poner en relación directa a los publicistas y al colaborador espontáneo, se efectúa esta escena: "Lo que vio entrar a su despacho el señor Meynell fue un mendigo espantosamente flaco y lívido, sin más ropa que un largo paletó bajo el cual no había ropa interior, deshecho el calzado, que dejaba al descubierto los desnudos pies. Embarazosa situación, en la que, por decir algo, pondera el editor al autor la cantidad de citaciones eruditas de su ensayo, índice de vastas lecturas y de consultas en numerosos libros. Dos saca el mendigo de los bolsillos del gabán, respondiendo bruscamente: 'Esto es todo lo que tuve a mano'. Sus dos únicos tesoros, que conservaba desde su salida de la casa, eran los *Poemas* sibilinos de William Blake y el texto griego de las *Tragedias* de Esquilo".

En este párrafo, extraído de *El lebrel del cielo de Francis Thompson*, por Aurelio Espinosa Pólit, S. J., encontramos los principales caracteres del poeta: *miseria, cultura, salvación por medio de Meynell.*

Nació Francis Thompson en 1859, (Preston, condado de Lancashire, Inglaterra) en un hogar de católicos, convertidos del anglicanismo. Sus primeros estudios transcurrieron en el seminario de Ushaw; luego, por orden del padre, médico, ingresó en la universidad a seguir esta misma carrera. Su vocación era la de las letras y a estas se entregó con encendido afán, para lo cual las bases humanísticas del seminario le prestaron buena ayuda. Ante la indignación paternal por el fracaso universitario,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

ante el rechazo que por debilidad física se le hizo en la milicia, y después de la muerte de la madre, se fugó de su casa, y llegó a Londres, en busca de condiciones propicias para sus anhelos literarios. Tenía entonces 26 años. Había adquirido ya, durante una enfermedad, el vicio del opio, agravado con el uso del láudano como contraataque a la tuberculosis. Unos dos años y medio pasó en la hirviente metrópoli como menesteroso absoluto: vendedor ambulante, limpiabotas, buscador de vehículos para los transeúntes... casi siempre real pordiosero, sucio, hambriento y desnudo. Sus ilusiones de darse a conocer como escritor cada día se esfumaban más y no le dejaban sino un sedimento de atroz amargura. Con todo, no renunciaba a aumentar sus conocimientos; frecuentaba las bibliotecas públicas, de algunas de las cuales fue lanzado con violencia por la horripilante vestimenta que forzadamente usaba. Sus autores predilectos: Milton, Shakespeare, Rosetti, Keats, Wordsworth, Donne, Herbert, Vaughan, Shelley, Crashaw y los clásicos griegos y latinos. Utilizaba márgenes de periódicos y papeles recogidos en las calles para verter sus ideas y trovas. Intentó suicidarse con láudano; cuando había consumido la mitad de la dosis dispuesta, creyó ver que la mano del poeta Chatterton le arrebataba el veneno, y, reaccionando milagrosamente, volvió a sus días de desolación por los barrios bajos de la soberbia ciudad.

Cuando uno sigue el doloroso desarrollo de esta vida, piensa en la imagen que el poeta Jorge Pacheco Quintero empleó para sintetizar la angustia de otro cantor —Adolfo Milanés—: "Y si llevó una lágrima perdida, rodando entre las venas"... En efecto, pensad en una lágrima: condensación de penas conturbadoras; y en una gota de sangre, arrancada por una punzada traidora; fundid en un crisol de ensueño esos dos globitos quemantes y tendréis un resumen de la biografía de Francis Tompson, a quien, con más razón que al francés, podía llamarse *el mendigo de Dios.*

Pero volvamos al encuentro con el periodista Meynell. Este y su esposa comprendieron que en Thompson alentaba un gran creador; lo colmaron de ternura y lo internaron en una clínica; más tarde lo llevaron al priorato de Storrington, en donde, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dominó la fiebre de la droga heroica.

Thompson desde sus horas de colegial había compuesto versos, casi sin darse cuenta; pero no creía en su valor artístico. Fue en Storrington donde se descubrió: paseando una tarde por el parque, vio una imagen del Crucificado en un promontorio, mientras oía el sonar de dos violines y un arpa, pulsados por campesinos de los alrededores; su alma vibró entonces tan dulcemente como esos instrumentos silvestres, y con tanta intensidad como el dolor de ese Jesús, bañado por "los últimos rayos del sol moribundo concentrados en él", como dice el P. Espinosa Pólit, a quien sigo en este recuento. Así nació la misteriosamente bella *Oda al sol poniente*, que marca el verdadero comienzo de un poeta superior y consciente de sus fuerzas esenciales. Frisaba con los treinta años.

Vino en seguida el *Canto de las horas;* y luego la más alta creación de Thompson: *El lebrel del cielo*, empezado en Storrington y concluído en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Londres. La fecha de estos últimos versos es la de 1890. Estamos, pues, en este nuestro año de 1965 celebrando las bodas de brillante de ese poema arrebatado y arrebatador.

La inspiración tiene sus caprichos. En algunos poetas, como Goethe, se extiende hasta la vejez; en otros aletea y trina solo durante la juventud. ¡Qué amargo es ver, haciendo versos sin numen, a quienes en otros tiempos recibieron en abundancia el divino don! En Thompson duró poco esa celeste iluminación: unos siete años. Lo salvador fue que él se dio cuenta del fenómeno, y en la década final de su existencia se dedicó a la crítica literaria, para la que tenía inteligencia aguda y vastísima erudición, y un noble sentimiento comprensivo. También cultivó en esta temporada la hagiografía: escribió las vidas de san Juan Bautista y san Ignacio de Loyola, varones que lo atraían por la pureza de la abnegación y sobre todo por la grandiosidad épica del carácter.

Este Francis, conocedor de su tragedia existencial y de su tragedia estética, nos da un ejemplo sublime de dignidad y de superación, y de sentido cristiano de nuestra misión en el universo. Nos enseña que la poesía, como demostró fray Luis de León y, partiendo de otras muy diversas laderas, en nuestros días lo pregonó Alain, es esencialmente religiosa; es una comunicación de la palabra de Dios, oída en lo hondo de un espíritu selecto. Cuando el aparato receptor deja de funcionar cabalmente, no debe el hombre empeñarse en seguir sirviendo de transmisor, porque hace obra de engaño, y el poeta es ante todo hombre de verdad. Pero, como en la parábola de José Enrique Rodó, el embelleciente entendimiento de la vida radica no en renunciar a la acción sino en saber utilizar cada elemento y cada minuto. Si se rompe la fina copa de cristal y no podemos con ella, al golpearla suavemente, colmar de sonidos el espacio, llenémosla de arena, y pongamos allí una flor; y enarbolemos, como banderas de victoria vital, estas otras criaturas del señor. Fue lo que supo hacer Thompson: rotas las cuerdas poéticas hizo de la prosa el cauce de su pensamiento y su emoción. Lo que importa es crear, es hablar de Dios a los hermanos, en los términos que en cada instante consagra ese mismo Dios.

Siempre angustiado, ahora por la cercana culminación de la turberculosis y por el incumplimiento de sus compromisos editoriales, pero con la mirada también siempre puesta en las constelaciones, pasó sus postreros días. El 13 de noviembre de 1907, confortado con los sacramentos del católico falleció, antes de cumplir los 48 años. Seguramente, mientras su mirada desvaneciente trataba de clavarse en el Cristo exaltante de Storrington, los mustios labios desgranaron el final de su *Himno a la tierra:*

...my cell is set
here in thy bosom; my little trouble is ended
in a little peace:

...mi celda está dispuesta
en tu propio seno; mi pequeña angustia se transforma
finalmente en una paz pequeña.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

— II —

UNA INSPIRACION SIDERAL

La obra poética de Thompson se encuentra recogida en varios libros: por ejemplo, estos: *Selected poems*, with a biographical note by Wilfrid Meynell, Londres, 1908; 1910; *Poems*, Thomas B. Mosher, Portland Maine, 1911, 1914; *Poems*, edited with biographical and textual notes by Rev. Terence L. Connolly, S. J., Ph. D., New York, 1932.

Lo primero que se nos presenta al intentar estudiar a este cantor, es el problema de la influencia de las facultades naturales en la creación poética. Sin duda, en Thompson la inteligencia —recuérdese que fue un insaciable erudito— tiene mucho valor. Por ello ha habido quienes lo colocan como precursor de Valéry y de Eliot. Sin embargo, la cosa no es tan sencilla como para contentarnos con esta indicación. Si hacemos un recorrido por las galerías externas y subterráneas de la poesía tonsoniana, descubriremos que lo embriagador, lo perturbante en ella, es el perfume y el destello de la fantasía. ¡Qué riqueza de escenas y de imágenes! Luego nos enfrentamos al sentimiento, que es en realidad el miembro de ordenación en esta nilótica inundación de imágenes y metáforas. Un sentimiento elemental, que a veces no percibimos por el amontonamiento de figuras y por la exaltación musical. Porque es Thompson un prodigioso fabricante de sonidos. No en vano su suprema revelación se efectuó entre la espontánea combinación de un arpa y dos violines. Pero ese sentimiento enlazador de mundos físicos tan distantes, como el del barro y los palacios de aire de ultramundo, y de tan distintos universos como el del pecado y el de la bienaventuranza, no cesa de actuar como guía excluyente tal cual el amaranto, de la expresión del mismo Francis, que no tolera en torno suyo más flores que las propias. Así, que el entendimiento razonador viene a ocupar un lugar subalterno; viene realmente a servir de heraldo de premisas no meditadas. La inteligencia es sencillamente, en Thompson, esclava de la imaginación y del sentimiento. Cual lo veía muy diáfanamente Alain, "el poeta es como un dios, que plantea en lugar de probar"; "lo connatural al poeta es que en vez de ir de la idea a la expresión, va, en cambio, de la expresión a la idea": *(Vingt leçons sur les beaux - arts.*, septième leçon). Y de esto nos da un iluminado testimonio Francis Thompson.

Si él se hubiera entregado a demostrar las verdades de su credo, no hubiera pasado de las funciones que ayer cumplieron un Voltaire o un Chateaubriand o un Mayakovsky en nuestro tiempo. Pero se entregó a la voluntad de la inspiración trémula, afiebrada, constructora; y las verdades fueron cayendo, como el grano cuando el viento se lleva el polvo, la neguilla y la granza de la acribadura. Por eso fue un poeta, un poeta de flores metafísicas, si queréis; pero un poeta de raíz y savia de sentimiento e imaginación. Cuando uno penetra en los abismos de su inspiración, se inundan de claridad aquellas confidencias de Goethe a Eckermann: "Si la fantasía no lograse sacar a la luz creaciones que resultasen siempre un problema para la razón, bien poca cosa significaría. En ello estriba precisamente la diferencia entre la poesía y la prosa, pues en esta la razón se encuentra como en su casa, y así tiene que ser naturalmente".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Hay momentos en los poemas de Thompson en que no sabemos llegar al meollo de la idea, en que nos sentimos perdidos, en que no damos con el origen y el cauce del arroyo, pero en los que oímos y gustamos el agua refrescante y purificadora. Frente a estos fenómenos inefables hemos comprendido aquella definición indefinidora de la poesía, a la que se agarró con ímpetu de náufrago André Gide, definición dada por Théodore Banville: "...cette magie, qui consiste à éveiller des sensations à l'aide d'une combinaison de sons... cette sorcellerie grâce à laquelle des idées nous sont nécessairement communiquées, d'une mànère certaine, par des mots qui cependant ne les expriment pas". *(Anthologie de la poésie française* de Gide).

Poseído por la diosa del verso, le nacen alas condóricas, que lo llevan a mirar al sol frente a frente, sin riesgo de que el rayo de Heredia lo atierre. Casi no se le puede seguir en la ascensión divina. "Exuberante y grandílocua" encuentra Espinosa Pólit esta poesía de cimas supremas. Sin embargo, con pureza de alma, con humildad de pensamiento, se llega a ese mundo sideral.

Hemos hablado de su agitante imaginación. Podrían multiplicarse figuras como estas: "Since time was first a fledgeling" *(Desde que el tiempo fue como un polluelo)*; "Indeed this flesh, O Mother, a beggar's gown, a client's badging"... *(¡Oh! Madre, ¡ciertamente esta carne nuestra, es jubón de mendigo y librea de siervo!...)*; "From nightly towers / he dogs the secret footsteps of the heavens / sifts in his hands the stars, weighs them as gold-dust, / and yet is he succesive unto nothing / but patrimony of a little mold, / and entail of four planks..." *(Desde las nocturnas torres olfatea, como un perro, la recóndita huella de los cielos; criba las estrellas en sus manos, y las pesa como polvo de oro; y al final solo hereda un poquitín de tierra y un mayorazgo de cuatro tablas)*. Es un volcán en perenne actividad conturbadora esta fantasía.

Ya en las anteriores líneas puede captarse algo de la inmensidad oceánica del sentimiento de Thompson. Su espíritu se transforma en espumosos y rugientes oleajes de vida, y recoge al mismo tiempo toda la angustia y la belleza del universo. Sus propias penas al fin se olvidan ante la adivinada tortura del árbol, de la roca y de la estrella. Prescindamos por ahora de dar ejemplos, y esperemos leer *El lebrel del cielo*, estrofas en las que el alma es un eco estremecido del dolor, del júbilo y la belleza de toda la creación.

Con estos vuelos por esferas tan elevadas, es apenas natural pensar en que el idioma es tierna cera en las manos encandecidas del artista. He aquí una de las dificultades para entenderlo plenamente. Para que lo comprendan sus compatriotas. Y qué diremos cuando se trata de extranjeros que, por más que queramos penetrar en los tesoros de esa lengua, siempre tropezaremos con vallas insalvables. Thompson como buen conocedor de los clásicos ingleses y de los grecolatinos, emplea voces arcaicas y neológicas; y, lo que más extravía, vocablos a los que semántica o emocionalmente da significados no corrientes, no incluídos en los diccionarios. A veces echa mano de términos totalmente extranjeros, como los latinos.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Su sintaxis es correcta; pero con frecuencia intrincada y dura para los no iniciados en su idioma, estremecido por ráfagas de ultramundo y de infrasiquis.

Su genio domina el contraste común y la paradoja estética. Así ve al corazón humano a manera de la purpúrea mansión de los reyes; y al mismo tiempo como la guarida de los ratones grises y los gusanos carroñosos. "Too strait, seems my mind my mind to hold". *(Demasiado estrecho es mi entendimiento para encerrar a mi propio entendimiento);* "Through the smoked glass of death; death, where with's fined / the muddy wine of life". *(A través del ahumado cristal de la muerte; de la muerte, con la cual purificamos el turbio vino de la vida).* Y aquí una notícula: esta imagen de Thompson se enlaza naturalmente con aquella de nuestro José Eusebio Caro, muerto antes que naciera el inglés:

El hombre es una lámpara apagada;
toda su luz se la dará la muerte.

Y otro breve escolio: Porfirio Barba Jacob en su espléndido *Futuro* adopta como retornelo conductor la expresión "Era una llama al viento", a la que podemos encontrar este antecedente en Thompson: "...and the sobering genius change to a lamp his gusty torch". Podríamos multiplicar los paradigmas. Por hoy terminemos con este: "...one mortal birth / that broker is of immortality" (*...un mortal nacimiento es aquel que nos entrega a la misma inmortalidad).*

Muy difícil resultaría el pretender encasillarlo dentro de una escuela literaria. Su estro todo lo abarca, desde el clasicismo de Chaucer y Shakespeare, pasando por el neoclasicismo de Pope, hasta el romanticismo de Wordsworth y el proteísmo divinal de Keats. Las sutilezas y sublimaciones simbolistas ahilan y encumbran sus melodías frecuentemente, de tal modo que casi ni el ojo ni las alas de las águilas pueden seguirlas.

Dentro del universo melódico es Francis una verdadera fuerza de la naturaleza, que todo lo arrebata y atropella, encumbra e ilumina. Es vano intentar medirlo con los valores comunes. Su misma forma preferida para cantar, la silva, no se limita a los tradicionales versos de siete y once sílabas, sino que se enriquece con otros, como los de tres, cuatro, ocho y hasta catorce. Cosa igual pasa con la rima, que no es cinturón forzante, sino apenas un dócil instrumento para sus inabatibles ímpetus de perfección.

Por último, anotemos que, aunque en ocasiones parece que su poesía es emanación de su cultura humanística, en puridad de verdades está íntimamente teñida de autobiografía. Sus penas, sus sueños, sus amores, su pureza, son los filamentos de que se vale la musa para tejer tapices inmortales. No podemos pasar por alto esta advertencia: muchas de sus estrofas son homenajes cordiales a sus salvadores, los esposos Meynell, y a las hijas de ellos. A su hada buena, la señora Alice Meynell, le cantó con el purificado y ennoblecedor amor de Petrarca o Dante, como ya algunos de sus críticos lo han indicado.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Do thou with thy protecting hand
shelter the flame thy breath has fanned;
let my heart reddest glow
be but as sun flushed snow.

Con gesto protector en mí defiende
la llama que tu soplo levantó;
sea el rojo matiz que en mí se enciende,
el de la nieve herida por el sol.

(Versión de Aurelio Espinosa Pólit, S. J.).

Como va a verse en *El lebrel del cielo*, uno de los recursos más empleados en su propósito de aumentar el ritmo y de acentuar sus ideas es el de la aliteración. En el sublime *Himno a la tierra* saca los mejores encantamientos melódicos y conceptuales al vulgar adjetivo little: "in a little joy, in a little joy", "in a little thought, in a little thought"; "in a little strenght, in a little strenght"...

— III —

EL MISTICISMO DE LA OVEJA Y DE LA DRACMA PERDIDAS

El lebrel del cielo es la más conocida y comentada de las poesías de Thompson; pero no es la única, aunque para muchos sea la mejor. He aquí otros poemas inmortalizadores: *Cantos hermanos, La hoja seca, El terror de la altura, El himno de la tierra, Oda al Oriente, Alabanza amarga del dolor, El canto del cisne de la nube, El reino de Dios, La señora de la visión, Desde la noche del antenacimiento...*

Veamos algunos títulos de los volúmenes destinados a darnos a conocer *El lebrel del cielo: Thompson's the hound of heaven*, an interpretation by Francis P. Le Buffe, S. J., New York, 1923; *The hound of heaven by Francis Thompson.* (Introduction by James J. Daly, S. J.), New York, 1934; *The hound of haeven by Francis Thompson.* Decorations by Everett L. Bryant, Baltimore, 1922; *The hound of heaven*, The Grail, Catholic Records Press, Exeter, sin fecha; *The hound of heaven (Francis Thompson)* a music drama by Humphrey J. Stewart, New York, 1924; *El lebrel del cielo de Francis Thompson*, Aurelio Espinosa Pólit, S. J., Quito, 1948.

De las traducciones hechas en español conozco la del P. Espinosa Pólit, contenida en el libro citado; y la de M. Manent, que trae la antología *La poesía inglesa, románticos y victorianos*, Barcelona, 1945. Espinosa Pólit cita otras dos traducciones castellanas que no he podido consultar: "la una, de J. A. Muñoz Rojas, en el nº 15 (junio de 1934) de la revista *Cruz y Raya*, de Madrid; la otra, anónima, en el nº 109-110 (febrero-marzo de 1942) de *Estudios*, de Santiago de Chile. Ambas son versiones en prosa..."

Los trabajos de Espinosa Pólit y Manent son en verso; el primero con rima; el segundo es libre. Aurelio Espinosa Pólit era un humanista completo; conocedor de las lenguas clásicas y de buen número de modernas.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Tenía inspiración propia. Escribió encantadores poemas. Tradujo del griego, del latín, del inglés, del francés, etc., con maestría formal y con fácil compenetración emocional. Su versión de Thompson es casi perfecta. Manent, con caídas tremendas, hizo un laudable esfuerzo por acercarse a la esencia del original.

Y antes de seguir, enfrentemos un punto que en estos campos surge indefectiblemente: ¿Cómo debe traducirse la poesía?

Los pareceres son varios. Aceptemos el que manda que la versión sea en verso. Ya fray Luis de León nos dio normas admirables, especialmente la relativa a la fidelidad conceptual. Es lo mejor que puede realizar el traductor. Por más que domine el idioma extraño le será imposible transladar, en estrofas, ideas secundarias, figuras, expresiones literales. Lo que importa es el concepto central o generador.

Y ¿el ritmo, y la rima? Creemos que la poesía exige el primero de estos dos elementos; ya el segundo, si da más lustre al poema, no es tan de su esencia. Pero el ritmo es lo que, formalmente al menos, distingue a la poesía de la prosa. Ya hemos visto cómo coinciden Goethe y Alain en diferenciar estos géneros al considerar el proceso de la composición: la poesía va de la manifestación al pensamiento; la prosa, de este a aquella. La poesía es música. La rima le sirve a veces con fulgor, pero no le es indispensable; el ritmo —medido por el buen gusto— sí. Sin ritmo no puede haber poesía. Verlaine proclamó un principio que para muchos es una extravagancia, y hoy muy menospreciado por los pretendidos cantores de ultravanguardia: "De la musique avant toute chose". Pues bien, Alain —tan sutil, tan penetrador, tan exaltante, tan sólido filósofo, y también tan poco ortodoxo en muchas cosas— fundamenta inabatiblemente la sentencia del poeta maldito.

Espinosa Pólit cree que la rima es necesaria en la versión de *El lebrel*. Su hazaña es digna de fervorosas loas. Tiene excelencias como estas: With thy young skyey blossoms heap me over": *Cubridme a una con vuestra joven floración de cielo;* "Have puffed and burst as sun-starts on a stream"... *se hincharon y rompieron, burbujeo / de sol y luz que sobre el agua estalla*". Pero de pronto la violencia del consonante —¡manes de Quevedo Villegas!— lo sume en imprecisiones y oscuridades —a él, ¡tan buen conocedor del inglés, tan eximio poeta!— como las que siguen: "Fear wist no to evade as love wist to pursue": *nunca supo el terror de tal carrera que el amor acosarle no supiera;* ..."if she would owe me..." ...si en verdad ansía que a ella me rinda como a Madre y Guía; "Seeing none but I makes much of naught"... *si soy el único que irradie sobre la nada el don de una sonrisa...* Si esto pasa con el árbol verde, ¿qué con el seco? Manent no tiene la traba de la rima; pero tampoco los celestes filtros del numen poético. Sin desconocer que a ratos acierta ("But just as their young eyes grew sudden fair with dawning answers there": *...pero cuando sus ojos tiernos ya embellecían / albores de respuestas...);* debemos confesar que su versión con frecuencia es, como en el decir italiano, una real traición: "I was heavy with the even": *Pesaba en mí el crepúsculo;* "But not ere him who summoneth I first have seen": *Al que llama, hasta ahora / nunca vi...;* "All which I took from thee I did but take /, not for thy harms": *Cuanto te arrebaté, no me lo quedé nunca por tu daño...*

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

En vista de estas experiencias, un día resolví intentar la travesía. Después de meditar mucho, ante la frenética imaginación, el llameante sentir y el hondísimo pensar de Francis, y ante el multimillonario reverberar de las figuraciones audaces; creí que lo más captante era la prosa. Pero como de poesía se trata, me empeñé en ensayar la un tanto moderna y no tan fácil especie del poema en romance llano, distinguido por el ritmo interno, que no por la rima. Me esforcé por combinar la fidelidad a la idea con la de las figuras, sin menospreciar la música. No se hasta dónde lo haya conseguido. Claro, que lo que hice prevalecer siempre fue el ceñimiento a la intimidad conceptual, más que la fulguración de la forma. Después de varios intentos de pulimento, descubrí algunos errores, que enmendé hasta donde me fue posible. Seguramente hay muchos más, no descubiertos por mí todavía. ¡Piedad, para mi humana insuficiencia!

Y ahora unas consideraciones aun más elementales, nutridas sí de plena buena fe. He dado a este trabajo el título de *Misticismo al revés;* lo he hecho pensando en que la casi totalidad de los místicos españoles y americanos, tan de mi corazón, se dedicaron a apostillar, con divina sabiduría y arte indeficiente, el clamor de la esposa del *Cantar de los cantares:* "Dime tú, amado de mi alma, / dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía, / no venga yo a extraviarme tras de los rebaños de tus compañeros" (I, 17). No fue Juan de Yepes quien mejor vertió estos deliquios?:

¿A dónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?...
Como el siervo huiste
habiéndome herido;
salí tras tí clamando, y eras ido.

Esta excelsa mística es la del alma enamorada, que se echa por valles y peñascos en busca del Amor de los amores, sin el cual no podría vivir.

Pero, quizás dentro de las primeras noches oscuras de la *Subida al Monte Carmelo,* esté la otra búsqueda, que es la de Thompson: la del Amado, sediento de las delicias del alma humana. No es el hombre quien se deslíe en amores andariegos; es el Criador quien perfora tinieblas y universos en busca de su criatura. Esto es a lo que no consagraron toda su llameante ternura los místicos de España y de Hispanoamérica. Y esto es lo natural. De aquí que no hay para qué, como tantos lo han hecho, laborar especialmente en busca de las fuentes de Thompson. Espinosa Pólit cita, como manadero esta exclamación agustiniana: "Et ecce tu, imminens dorso fugitivorum, Deus ultionum et fons misericordiarum simul, qui convertis nos ad te variis modis": *Y he aquí que tú, ¡oh! Dios de las venganzas y al mismo tiempo fuente de las misericordias, te echas encima de los que de ti huyen, acosándolos de cerca hasta rendirlos a ti por varios modos...* Y otros han traído más influencias: Silvio Pellico, Albert Fleury... Ninguno de estos datos quita nada a la grandeza de la silva tonsoniana; y, a lo mejor esta y los manantiales aducidos no son más que consecuencias bíblicas. *Las parábolas de la oveja extraviada y la dracma perdida* (Lucas, XV, 3-10) nos cuentan cómo el Buen Pastor y la Buena Ama se lanzan afanosamente en busca de lo que se ha ido. Claro, que se ar-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

güirá que estos casos de infinita dulzura no se compaginan con las expresiones de marcial dureza al final de *El lebrel*. Pero en el mismo *Nuevo Testamento* (Mateo X, 34) ¿no se lee: "No teneis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la guerra"? Mas si esta sentencia no convence, recordemos que el *Antiguo Testamento* nos presenta casos como el de la lucha de Jacob con Dios, cuando este hiere *(Génesis*, XXXII, 25) en el muslo a su siervo; y el de la aparición de Yavé en el Sinaí, en medio de fuego y de humo semejante al de un horno, los cuales hacían temblar al pueblo israelita *(Exodo*, XIX, 18). Pero, volviendo al Nuevo, ¿no derriba el Señor a Saulo, cuando este va hacia Damasco, y lo enceguece, llenándole de escamas los ojos? *(Hechos*, IX, 3-18).

En este Dios, amante y tenazmente perseguidor, y de pronto terrible como espada de exterminio, se inspiró Francis Thompson, lector asiduo e iluminado de las *Divinas Escrituras*. O en San Agustín, o en Pellico, o en Fleury. ¿Qué quita todo esto a la elevación de su numen, a la pureza de su verbo? Y, ¿cuál, Señor, será la mística al derecho? ¿La de Juan, Teresa y sor Josefa de la Concepción? ¿No lo será más bien la pretendidamente alrevesada de Thompson, tu angélico mendigo?

Corto aquí la exposición de *El lebrel*, porque en mi versión he introducido unos subtítulos que me ahorran muchos comentarios.

— IV —

ORACION FINAL

Solo me resta, después de haber repasado esta oscura y destellante silva del divino amor, poner mi corazón, también en llamas, a gritar:

¡Oh! Mi celeste Francis Thompson, dame el fuego de tu pasión, la luz de tu esperanza, el milagro de tu fe; pero, por encima de todo, dame la exultación de la pobreza y la eternizante intensidad de la amargura.

San Francis de Storrington, ruega por mí y por todos mis hermanos en Adán. *Al que tiene las siete estrellas y anda en medio de los siete candelabros de oro;* ruega pro nobis a la *Mujer vestida del sol, con la luna debajo de los pies, y una corona de doce estrellas en la cabeza;* sálvanos de todos los abismos y de todas las borrascas, y conquístanos la paz de la sociedad y las naciones, por la mediación de nuestra señora la santa poesía. Amén.

— V —

EL LEBREL DEL CIELO

— Versión —

I — PROEMIO

Huye el alma de Dios por entre el tiempo y por entre sí misma. Como un cazador, Dios la persigue obstinadamente.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Noches y días abajo, huí de El; huí de El, bajo los arcos de los años; huí de El, laberínticas sendas de mi propia mente abajo; y me oculté de El entre las brumas de las lágrimas y las fugaces risas.

Huyendo de esos Pies, fuertes y obstinados, me lancé dentro de las entrevistas esperanzas y las gigantescas lobregueces de los temores abisales.

Y en una caza sosegada, con serenos pasos, tranquila rapidez y majestuosa obstinación, Ellos pregonan —y una Voz más apremiante que esos Pies así golpea:

"¡Todo te traiciona a ti, que me traicionas!"

II — LA HUIDA POR LOS CAMPOS DEL AMOR

Con clamores de proscrito, llegué ante las rojas cortinas de muchos corazones, cerrados cual ventanas, tras rejas de amores enlazados —pues conociendo el amor de Aquel que me seguía, era torturado por el miedo de que, al poseerlo, nada más pudiera poseer—; mas si una ventanilla se me abría, con estrépito la ráfaga de sus Pasos la cerraba. Es más ingenioso el Amor cuando persigue, que el Temor cuando se fuga.

III — LA HUIDA POR LOS MUNDOS DEL ENSUEÑO

Huí más allá de los linderos de la tierra, y golpeé las áureas puertas de los astros, solicitando amparo a sus verjas resonantes; con dulces disonancias y con gorjeos de plata agité los pálidos puertos de la luna. Dije a la aurora: ¡Apréstate!; *y al poniente:* ¡Alístate! *Bajo vuestras frescas flores celestiales, ocultadme de Amante tan terrible. Para que no pueda encontrarme, ¡vuestra neblina me rodee!*

Tenté a todos sus ministros, y hallé solo en la fidelidad de ellos mi traición. Su versatilidad para conmigo, delante de El era constancia; traidora su verdad, y leal su engaño.

A todo lo veloz pedí velocidad, de las silbantes crines de los vientos agarrado. Mas ya —volando suavemente— barriesen las vastas sabanas siderales; o —guiados por el trueno— hiciesen retumbar su carro, rumbo al cielo, arrancando rayos del fuerte galopar; la conclusión era la misma: Es más ingenioso el Amor cuando persigue, que el Temor cuando se fuga.

Y así dentro de esta caza sosegada, con serenos pasos, tranquila rapidez y majestuosa obstinación, claman los Pies perseguidores —y sobre ellos— una Voz: Nada te ampara a tí, que no me amparas.

IV — LA HUIDA POR ENTRE LOS NIÑOS

No busqué más lo que me llevaba a errar por entre hombres y doncellas. Me pareció ver que contestaban las pupilas de los niños. "¡Al menos, ellos estarán conmigo!". Y les tendí, ansiosa, la mirada. Mas cuando en sus tiernos ojos se abrían, como auroras, las respuestas; sus ángeles, llevándolos asidos del cabello, de mí los apartaron!

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

V — LA HUIDA POR ENTRE LA NATURALEZA

Venid, vosotros, los restantes hijos de Natura; dadme a gozar vuestra suave compañía; permitidme que os salude con un beso y trence con las vuestras mis caricias; juguetee con las flotantes trenzas de vuestra Señora y Madre; banquetee con ella en sus palacios, amurallados de aire, bajo el dosel del cielo; y beba, acorde con vuestra usanza pura, en luciente cáliz las lágrimas del alba.

Y, ¡volviose todo esto realidad!

Y gocé de aquella tierna compañía. Retiré a los secretos de Natura los cerrojos; y conocí todas las raudas versiones de la cara pertinaz del firmamento; supe cómo en nubes se levantan los bufidos espumosos del océano; compenetreme con cuanto nace y muere; a todo lo hice forjante de mí mismo, ya en la desgracia humana, ora en la divinal exaltación; gocé con todo y me entristecí con todo. Me apesadumbraba con la tarde cuando encendía sus centelleantes cirios en torno a la liturgia fenecida del día; y vi en los ojos de la mañana mi sonrisa.

Con todo tiempo triunfé y fui abatido. Juntos, el cielo y yo vertimos lágrimas; se tornaron sal las dulces suyas en las mortales mías; y contra la roja palpitación de su corazón crepuscular, recosté mi propio corazón en llamas. Y, ¡con nada mi angustia se alivió!

Mis lágrimas en vano se vertieron sobre las grises mejillas celestiales. Ay, ¡No pudimos entendernos! Hablo con sonidos; y las criaturas con acción y con silencio.

No puede Natura —pobre madrastra— mitigar mi sed. Si favorecerme quiere, que retire de su pecho ese velo sideral y me enseñe la ternura de sus senos. ¡Su leche jamás santificó mis labios encendidos!

Cada vez la caza más se estrecha; y con serenos pasos, tranquila rapidez y majestuosa obstinación, una Voz —con mayor fuerza que esos Pasos bulliciosos— así clama: Nada te contenta a tí, que no quieres contentarme!

VI — PREPARACION PARA LA ENTREGA

¡Desnudo, Señor, espero ahora el golpe, que ya tienes levantado!

Mi arnés despedazaste trozo a trozo; me abatiste hasta hacerme arrodillar; desperteme completamente inerme —así creo—; y, al despertar, mirando suavemente, sin bienes me encontré.

En la arrebatada lozanía de mi poder primaveral, sacudí las horas —sustentantes cual columnas— y se desplomó la vida sobre mí. Ennegrecido con estigmas, me levanté de entre el polvo de los amontonados años, dejando, mútila, allí mi juventud.

Crujieron mis días y se tornaron humo; infláronse y reventaron como irisadas burbujas de un arroyo. El ensueño traiciona al soñador, y al músico, el laúd.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Las encadenadas fantasías, entre cuyos florecidos lazos meci la tierra, como un dije ceñido a mi muñeca, llegaron a romperse, por ser débiles en exceso para sostener la amargura universal.

VII — EL TEMOR DEL PERSEGUIDO

¡Ay!, Tu amor es igual, en verdad, al amaranto, que en torno no tolera más flores que las suyas. ¡Ay! Artista infinito, ¿tienes que reducir, para dibujar, el árbol a carbón?

Consumió el polvo, en mi frescura, las aguas ondulantes; y hoy mi corazón es como una fuente rota, dentro de la cual se estancan las lágrimas que gotean desde húmedos pensamientos, los cuales se estremecen en las ramas dolorosas de mi mente.

¡Tal es lo que miramos! ¿Cómo ha de ser el porvenir? Si la pulpa es tan amarga, ¿cuál será el sabor de la corteza?

Adivino, confuso, lo que el Tiempo envuelve entre sus nieblas. Sin embargo, puedo oir una trompeta, que resuena desde los almenajes ocultos de lo Eterno. Aquellas nieblas agitadas descubren un espacio, y luego lentamente vuelven a envolver las medio deslumbradas torrecillas; mas no sin que antes me hayan permitido ver al Emplazante, vestido de púrpura y de negro, y coronado de ciprés: su nombre sé y lo que dice su trompeta. Si el corazón o la vida del humano son cosecha tuya, ¿deben tus labranzas ser estercoladas con la Muerte corrompida?

VIII — LA RESPUESTA DE DIOS Y LA RENDICION FINAL

Ya los estruendos de esta larga caza me atropellan. Como estallante mar, aquella Voz me cerca: "¡Oh! Tú, viciado barro, fragmentado en tiestos: ¡Has de saber que todo huye de tí, porque me huyes!".

"¡Cosa extraña, inútil, lastimosa! ¿cuál la razón para que te amen? Solo yo de la nada saco seres; exige el amor del hombre méritos humanos; y ¿qué méritos lograste, tú, el más oscuro cuajarón del barro transmutado en hombre? ¡Ay! ¿No sabes cuán poco digno eres de cualquier amor? Tú, el innoble, ¿a quién encontrarás para que en verdad te ame, si no es a mí; y a mí únicamente?

"Todo cuanto te arrebaté no fue para tu daño, sino para que pudieras buscarlo entre mis brazos. Todo cuanto tu infantil error juzga perdido, lo he atesorado para tí en el hogar celeste: ¡Levántate, coge mi mano y ven conmigo!".

Y junto a mí, aquel Paso se detiene: En verdad, ¿no es mi lobreguez la sombra de su mano, tendida a fin de acariciarme?

"¡Ay! El más extraviado, el más ciego y el más débil: ¡Yo soy Aquel a quien andas tú buscando! ¡Te separaste del Amor cuando de mí te separaste!".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.